

MAROSA DI GIORGIO

Leonardo Garet

1

De pie vienen desde el bosque
letra sobre letra
con el sonido de una jauría
en el sueño

despiertan al lector
por primera vez.

2

Yo no sé qué evoca mejor a Marosa. Si los mentirosos reflejos de la luna en un paisaje de cuento de hadas, o los reflejos de las ventanas de un bar. Lo primero llega a quien leyó su obra; lo segundo es para quien compartió con ella los premios de amistad que la vida permite en medio del rigor de los años.

Me llegan los dos reflejos y me encuentran solo. Llegué a Montevideo y no te llamo. No podemos hablar de los amigos de Salto. Una ciudad es su gente y hoy Montevideo es mucho menos rico.

Tampoco te encuentro en Salto, adonde te llevé hace diez años. Son cosas inexplicables. Vamos perdiendo lo más valioso y seguimos andando.

Planeamos en tus últimos meses un libro. Lo pasé en limpio con tiempo para que alcanzaras a corregirlo. Llevaba en su título tu apellido, "Médici". Es lo último que escribiste con tu brazo titubeante, pero con tu alma entera.

Parece que me llega tu voz, deliberadamente baja como cuando querías decir algo importante. (Lo trascendente no se viste con co- turnos sino como vos, con flores alegres.) Tus palabras me advierten que cuide los detalles del libro.

Estoy en un bar y la mesa está vacía. No llamé a nadie hoy, no he venido. Me quedé como hace diez años, con tu número de teléfono en los dedos, me quedé como desde 1968, con el deslumbramiento de haberte conocido.

Yo no sé qué reflejos me llegan más fuerte, si los de la luna filtrándose en los árboles, o los del bar, adonde no has venido.

3

Es un dios terrible, de rostro desencajado. Anda con paso de animal grande, que puede ser muy lento y puede ser un depredador tirándose de una montaña. Está acostumbrado a hacer su voluntad. Una tarde, Cronos, que así se llamaba, se encontró con una muchacha sentada en un bar. Se miraron a los ojos. La muchacha lo venció porque tenía lentes de mariposa y uñas con estrellas. Cronos la miró sumiso y se fue a sentar al rincón más oscuro, junto a un ventilador en desuso y a un perro sin dueño. Dejó al pasar junto a la mesa, como quien deja unos volantes, los días de cuando la muchacha era una niña. La muchacha los recogió y los puso junto a la cucharita del café, el cenicerito y la servilleta. Dobló la servilleta y escribió en ella el paisaje que estaba sobre la mesa. Cuando creyó que la figura había cobrado vida, levantó los ojos y debajo de ese ser vivo que estaba formando con palabras, puso su nombre: Marosa.

4

La chacra se despliega como todos los días. Está lejos, pero ella puede verla. Mira y escucha. Nunca se ha permitido ante ella la más ligera irreverencia. Los topos, los lagartos, los hongos, las clavelinas y los gladiolos están ahí, en su aire de otro tiempo. Y ella desde aquí trata de ubicar claramente las posiciones. Ellos, en el altar; ella, como sacerdotisa, oficiando.

Los animales practican sus amores con pasión silenciosa. Los colores se desprenden de las palabras; los sexos, de los cuerpos. Colores y sexos andan por ahí, como burbujas en el tiempo. Ella, desde acá, los observa. Y siente que su nombre toma forma de humo y acaricia las clavelinas y los gladiolos.

Hoy es un instante eterno. *El Cantar de los Cantares* sale de las páginas del rey poeta y entra alegremente en el reino recién creado. Un manto sagrado los confunde y todo queda cerrado con llave y, a la vez, abierto de par en par.

Marosa golpea con un vaso la mesa del bar y las criaturas de la chacra se presentan. Esperan escuchar sus nombres de labios de la sacerdotisa. Todo es triunfal. La música la pone Sibelius; las mayúsculas del Libro de Kells esperan el texto que tendrán que iluminar. Marosa se pone a escribir.

5

La buscada soledad se interrumpe. No era más que un lugar aparentemente muy escondido, pero muy visible para los que debían encontrarla. El bar se empieza a poblar de amigos. Traen noticias de esas calles de Dios, de otros bares, de la noche anterior, del amigo ausente. Ella aprueba en silencio, sonrío. Hace pausas exactas, llama al mozo para que pidan algo. De pronto ya todo es una celebración, una coherencia de milenio, porque hace varios días que no se veían. Ha transcurrido el tiempo y se cuentan las hazañas. Ella escucha y pregunta las novedades de todos.

—Yo por ahí, por esos andurriales. ¡Cómo está Salto!

6

A veces pasan algunos días sin que nada me recuerde a Marosa. Pero cuando me la encuentro a la vuelta de un diálogo, de una imagen impensada del aire, las flores o la gente, vuelve tan diáfana y contundente que sonrío o le respondo, repitiendo palabras que juntos pronunciamos.

El tiempo muestra toda su impotencia cuando nos quiere separar de los seres queridos. Marosa me alienta con su vida convertida en poesía. Bajo un cielo de naranjas, uvas y jazmines es fácil ubicarla como ella quiso, como una mariposa. Sobrevuela con un vestido de flores, imparable. Lo bueno es que sé exactamente lo que me diría sobre cada tema, situación, o persona.

7

Aquí estamos, más solos, más tristes, con un mundo menos mágico. Confirmamos día a día, lectura a lectura, que vivimos durante muchos años, en contacto con un ser superior.

Un concierto de voces dice tu nombre. La música que sale de tu obra es la que integra los coros de la poesía universal.

Salto tiene tus cenizas y algunos objetos que te acompañaron. Forman la Sala que lleva tu nombre.

Por más que sabía que estabas enferma, no pensaba nunca en tu muerte. Eras una fuerza de la Naturaleza, casa de transfiguraciones, seres recién creados, nuevas entidades, alma en contacto con el espíritu universal.

Salto, noviembre de 2014.